

Hacia un entendimiento de los cuerpos, en el silencio de la ciudad

Daniela Barra Silva*

“La ciudad lo reúne todo
y nada que se refiera al hombre le es ajeno”

Casale (1999)

Resumen

El ingreso de las ciudades al denominado concepto mundial, ha repercutido en que los cimientos que en algún momento brindaron arraigo y asentamiento a éstas, sufrieran una seria e importante re-estructuración.

Así, la era de las ciudades informacionales, difusas, postmodernas y dispersas se ha acentuado estos últimos años, debido principalmente, a las transformaciones en la vida económica, política, cultural y geográfica que se han ido experimentado, y que sin lugar a dudas han alterando y modificando los modos de vida, las apreciaciones y las conductas de aquellos que habitan la ciudad.

Con el objetivo de detenernos en estas nuevas apreciaciones, valoraciones y conductas, será necesario realizar un análisis descriptivo-exploratorio, de los distintos fenómenos que se inscriben como dispositivos constitutivos de una ciudad, y que merecen cierta consideración por el impacto que tienen.

Es por ello, que hacer un recorrido o detenernos en aquel contaminante invisible que caracteriza a las ciudades de hoy en día, como lo es el ruido o en aquellos espacios de silencio que ésta misma dispone y genera como un Museo o una catedral, nos permitirá entender una parte del porque el hombre urbano actúa como actúa.

Palabras clave: Ciudad, Ruido, Silencio, Refugio.

Siempre he considerado que vivir en la ciudad tiene importantes significaciones. Esto quizás, porque siempre he vivido en una.

El simple hecho de encontrarnos con una y mil personas a la vez, el convivir y desplazarnos en un espacio reducido, el sostener una conversación en medio de tanto movimiento acústico y co-existir con él o incluso, reconocer los distintos ritmos que adoptamos corporalmente, a partir de un

espacio o lugar determinado, creo que llaman la atención de cualquiera.

A partir de esto es que ha surgido la intención de detenerse y reconocer cuáles son las diversas transformaciones que se han ido instalando en la ciudad, y que han modelado nuevos modos de vida en quienes las habitan, debido a las nuevas herramientas como la tecnología, a los nuevos procesos como la globalización, y los nuevos actores como lo son el tiempo y la prontitud. Elementos, que han convergido en el

* Socióloga, Universidad Alberto Hurtado. dbarra@alumnos.uahurtado.cl annais_paz@hotmail.com

reconocimiento de nuevas necesidades, de nuevas formas de convivencia colectiva y de nuevos espacios de encuentro con el otro y con uno mismo.

Frente a estos diversos dispositivos urbanos -movimiento, ritmo, cantidad de habitantes, ruido- es que nos atrevemos a preguntar por el efecto que han tenido los espacios de silencio que se encuentran inmersos en la ciudad, para aquellos que la habitan, cuando se están en juego todas estas consideraciones.

En un contexto como éste, y si bien, los hechos, las cifras, nuestra propia experiencia e incluso nuestro sentido común, nos han dejado de manifiesto que modificaciones en la vida urbana se han producido, resulta crucial para comenzar este artículo detenerse o preguntarse ontológicamente por La Ciudad o incluso por los elementos constitutivos de ésta, ya que nos permitirán responder de manera óptima nuestra interrogante, más aún, si hemos constatado, que la mayor cantidad de los habitantes del mundo residen en las ciudades. (Wirth 1989).

La ciudad de hoy

Cada uno de nosotros, de alguna manera, ha sido testigo de las incontables veces, formas, áreas y líneas teóricas que han intentado establecer o generar una definición de la llamada “ciudad”, tanto para las sociedades modernas como para aquellos que las habitan.

Así, enciclopedias, historiadores, geógrafos, economistas, arquitectos y urbanistas han aportado desde las perspectivas de sus disciplinas a la conformación de esta definición. Es por esto, que nos hemos encontrado -a medida que ha pasado el tiempo- con múltiples propuestas acerca de lo que es, de lo que no es y de lo que significa, las cuales en reiteradas oportunidades se han caracterizado por ser bastante disímiles entre sí, pero que a su vez, tienen un

fundamento asertivo y constatado que las valida y que hace imposible negarlas o sobrepasarlas.

Esta ambigüedad, tiene algo de sentido o justificación alguna, cuando logramos reconocer los múltiples factores que inciden en la definición de un concepto, de una idea o de un objeto, en donde va tomando lugar la consideración de por ejemplo, el contexto que lo acompaña, los destinatarios que tiene, el uso lingüístico del concepto, la situación política-social de éste, así como también el escenario en el cual se encuentren los autores que lo definen. (Kosselleck 1993:109).

Por esto, es que la ciudad ha sido comprendida y definida desde diversos y particulares elementos, dado el punto de vista por el cual ha sido observada, descrita y posicionada.

Podemos evidenciar como algunos teóricos de la ciudad como Wirth, Simmel, S. Sassen, Park, Casale y Lefevre entre otros, se han arriesgado por una definición de ella y nos hemos encontrado con una amplia gama de posibilidades “... la ciudad es un asentamiento relativamente grande, denso y permanente de individuos socialmente homogéneos”; “la ciudad es producto de un crecimiento y no una creación instantánea”; “la ciudad es el artefacto más complejo y dinámico que ha inventado el hombre en toda su historia (...) en donde se viven las esperanzas y temores de quienes la habitan”; “la ciudad es memoria e historia”; “la ciudad es encuentro”: “la ciudad es la multiplicación de los seres que viven en ella y que la hacen vivir”; “la ciudad es un territorio con infraestructura, con población y con interrelaciones”; “la ciudad es espacio, servicio, política, economía, seguridad y desigualdad”.

Con todo esto podemos ver, que han sido múltiples los dispositivos que se consideran cuando se pretende establecer una definición homogénea, total o integral de la cotidianamente nombrada “ciudad”, lo

cual ha confluído en que no resulte fácil establecer un marco coherente, ordenado y consensuado acerca de su significado. Esto se debe, principalmente y sólo a partir de la información detallada, ya que, lo que se realiza es un listado de todos aquellos elementos que la conforman y la constituyen, como por ejemplo densidad, cantidad de habitantes, la existencia o ausencia de ciertas instalaciones e instituciones, la forma en cómo se organiza la política, las actividades comerciales, financieras, administrativas y culturales que posee, los diversos servicios que entrega o la economía monetaria que centraliza. Así como también, y es lo que no podemos obviar, la relevancia que adquieren las subjetividades que suelen ahogar e inquietar a sus habitantes, en donde la “acentuación acumulativa de las características distintivas del modo de vida que asocia” se hace presente con igual importancia (Wirth 1989:165). Si bien, reconocemos que estos elementos por separado muchas semejanzas no presentan, percibimos que entran en juego como dispositivos del urbanismo y tienden a fusionarse para ir dando lugar y espacio al crecimiento, a la urbanización de los habitantes y a la transformación de sus estilos de vida en relación a los otros.

Toda esta problemática sucede, o se debe quizás a que para comprender a la ciudad, no resulta indispensable buscar el qué es, sino más bien, es necesario detenernos en sus elementos y analizarlos como significantes portadores de significado en la vida de los hombres urbanos, ya que, de una u otra manera son determinantes en su lógica de funcionamiento, y esta vez, en esta ocasión, se caracterizan por ser particularidades inmersas en ellas - hijas también de la metrópolis (Simmel 1989) que de igual manera condicionan, alteran o suprimen ciertas conductas, comportamientos y procesos sociales para generar otros. Por tanto, es fundamental considerarlos protagonistas de este escenario.

Muchos han sido testigos de cómo la urbanística moderna, ha pasado por diversas etapas de organización y de reorganización. Esto puede deberse a los factores de innovación, de progreso, al siglo de las luces, las tecnologías, entre otros que señalábamos, pero independiente a cuáles hayan sido éstos, cabe señalar que han ido modificando radicalmente los elementos que en un determinado momento caracterizó a las ciudades.

Por eso es que cuando retrocedemos y observamos por ejemplo, a una ciudad de carácter feudal y hacemos una comparación con la urbanización contemporánea de hoy en día, podemos reconocer los diversos elementos que las distinguen como la heterogeneidad de actividades realizadas, los servicios que dispone y que comienzan a forjar su identidad o un marco de referencia, el aumento de la productividad, la diversidad de los espacios, los estilos de vida, las normas de convivencia, los estilos de las construcciones e incluso las reformas políticas y leyes urbanísticas que la sostienen, entre otros, y resultan ser diferencias trascendentales al momento de ver los efectos que han producido en sus propios habitantes.

Si bien estas diferencias entre una y otra ciudad, no son posibles de concebir como negativas, ya que parecen ser más bien neutrales o inevitables en un proceso de transformación y de cambio, y por tanto, se les reconoce como parte de un transcurso o camino ajeno y cómodamente asumido, ante lo cual no hay nada que podamos hacer, existen otras diferencias que se han presentado y que nos han permitido ver que “las ciudades han alcanzado cierto límite” (Benevolo 1963:90) principalmente, por los resultados no tan óptimos que se han obteniendo -con el paso del tiempo y por algunos de sus ya mencionados elementos- lo cual no significa que por ello, no se hayan ido acomodando y estableciendo en nuestra cotidianidad urbana.

Así por ejemplo, hemos de convivir a diario con un paulatino deterioro de nuestro capital social, con una excesiva concentración de la urbanización, con la aparición de una ciudad polarizada -en donde la brecha de integrados y marginados es cada vez más amplia y notoria- con un policentrismo inevitable, con una segregación social inquietante y además, con una importante aceleración de la urbanización y de la vida de sus habitantes, en donde pareciera ser que el hombre va creando su propio entorno, pero esta vez a un ritmo acelerado.

Este último elemento llama nuestra atención, ya que acompaña a la mayoría de las ciudades de hoy en día, las cuales en su afán de desarrollo y de progreso, lo han concebido como un efecto gratuito e inevitable para el logro de determinados objetivos.

Es por ello que Chile, y más aún Santiago, su capital, ha sufrido o ha sido objeto de todas estas transformaciones, conforme a sus particularidades y características, pero que ha evidenciado paulatinamente.

A medida que ha pasado el tiempo, hemos visto cómo la ciudad de Santiago ha sufrido una expansión física, territorial y demográfica notoria. Según los datos entregados en los Censos de los años 1992 y 2002, el número de habitantes ha aumentado en 803.248¹, cifra considerable cuando comenzamos a percibir los efectos de ello.

El ingreso de Santiago al concepto mundial de ciudad, la obligó de una u otra manera, a generar una re-estructuración en todos los ámbitos posibles. Así, la misma industrialización que denotó en el ya mencionado crecimiento demográfico debido principalmente a la inmigración rural de los años 40', condicionó alteraciones físicas en sus instalaciones o disposiciones. El

¹ <http://www.lyd.com/comunas/informacion-temas.asp?region=13&comuna=13101&tipo=detalle-region&tema=Poblaci%C3%B3n> . Fecha de Consulta: 20 de Enero del 2010.

hecho de comenzar a vivir toda la población en un mismo lugar, conllevó a que la ciudad iniciara un crecimiento exponencial importante en sus construcciones. Así, el crecimiento hacia arriba toma lugar, ya que el espacio comienza reducirse; de igual manera las extensiones se hacen necesarias, por tanto la invasión de autopistas y carreteras aparecen con rapidez, debido al tránsito que comienza a fluir en los distintos puntos urbanos.

Junto a todo lo anterior, es que nuevas escalas de medición comienzan a regir la vida de los santiaguinos, como lo es la escala de la segregación, en donde el suelo comienza a entenderse como un valor de cambio, que resulta finalmente en las diferencias marcadas de las clases sociales.

Sin embargo, cada uno de estos nuevos elementos o transformaciones que empiezan a re-definir la ciudad de Santiago, en un momento convergen para enfrentarse poco a poco a un serio desafío, un desafío que tiene que ver con la sustentabilidad de ella misma.

El hecho que una ciudad crezca, en muchos de sus ámbitos o áreas, no parece ser una cuestión negativa, por el contrario, puede hablar muy bien de ella. La preocupación surge, cuando una cultura urbana comienza a hacerse insostenible en su propia lógica de funcionamiento, en la calidad de vida de los habitantes como también cuando se planifican las futuras generaciones.

Por tanto, la contaminación del medio ambiente en una ciudad, puede invalidar todos y cada uno de los avances que han sido logrados en el tiempo, principalmente porque la calidad de vida deja de ser óptima. Comienzan a alterarse las conductas, los comportamientos, los servicios, y por tanto los modos de vida. Es por ello, que resulta necesario detenerse en aquellos desafíos -evidentes y no tan evidentes- que conllevan a que una ciudad sea realmente

sustentable y saludable para aquellos que la habitan.

Esto nos hace ver que una ciudad no sólo está conformada por sus grandes edificaciones, por aglomeraciones de habitantes, por un transporte mejorado, por la efectividad de las comunicaciones o por el auge de la tecnología, sino también, por todo aquello que nuestros cinco sentidos y nuestro cuerpo como totalidad, como resultado de adaptación, transformación y consumo, pueden y han podido percibir.

Visto de esta manera, y con estas últimas aseveraciones, es que el presente artículo contemplará dos temáticas centrales, el ruido en la ciudad y el silencio en ésta, que nos permitirán responder a nuestra pregunta inicial, ya que son consideradas fundamentales en los procesos de transformación de conductas, de apreciaciones, de valoraciones y por tanto de los modos de vida que las personas llevan en cada ciudad.

El ruido en la ciudad

Pese a las diferencias históricas, de locación, y de recursos disponibles de las cuales se ha hablado, hemos podido constatar que las ciudades contemporáneas tienen o presentan un elemento común, o un problema común, asociado al movimiento acústico circulante que las acompaña en todo momento, el ruido en la ciudad.

Esta aseveración, puede justificar de alguna manera por qué la “mayoría de las personas encuentra hoy en día, cierto placer y satisfacción en el contacto con las ciudades antiguas” (Chermayeff-Alexander 1963: 49), en donde pareciera ser, que cuando se encuentran en estos espacios, vivencian un sentimiento que los invita a la reflexión y la contemplación.

Frente a esto, nos planteamos una interrogante: ¿Nos hemos preguntado alguna vez cuál es el significado que tiene el ruido o la llamada contaminación acústica en

una ciudad cualesquiera? o ¿Cuáles son sus efectos en quienes las habitan? Lo más probable es que sí, pero lo menos probable, es que hayamos encontrado la respuesta a esa pregunta, conviviendo con él diariamente.

Según un estudio llevado a cabo por la Corporación Nacional del Medioambiente (CONAMA), Santiago de Chile aparece dentro del segundo peor grupo de la intercomuna, al encontrarse por debajo del índice medio (0.05) que asegura una calidad de vida óptima, ya que presenta un índice del 0.48², lo cual la sitúa como la región con mayor contaminación acústica del país. Sin embargo, y pese a estos datos, muchas veces su presencia no es considerada relevante frente a otro tipo de problemas ambientales, ya que, pareciera ser que los mismos habitantes no lo perciben como tal, porque se ha convertido, en una contaminación que se cree que ha de desaparecer del ambiente una vez que es emitida, por tanto no se le atribuye la importancia que merece. No obstante, pese a que se reconozca como un dispositivo urbano integrado o normalizado a nuestro habitar en ciudad, está más que claro, que es una problemática, y ésta se evidencia en los discursos y reflexiones que los mismos habitantes hacen de ella, las cuales se han visto exteriorizadas en las estadísticas y en la alta población que declara su molestia ante ella.³ Lo cual nos hace ver lo crucial y pertinente que resulta centrarse en él.

Así, por ejemplo, los medios de transporte y el aumento considerable de sus usos debido a la diversidad, especialización y la suburbanización, y con ello la movilidad, además de los medios de comunicación, la tecnología, el auge de actividades mecanizadas, y las zonas de ocio, entre otros facto-

² http://www.calidaddevida.uchile.cl/pdf/resultados/Blindados-MATRIZ_INEQ.pdf Fecha de Consulta: 20 de Enero del 2010.

³ http://www.digeo.cl/doc/Krauss_Ruz_Fernando.pdf (Pág. 60) Fecha de consulta: 15 de Enero del 2010.

res, conviven con nosotros todo el tiempo; y el problema comienza a surgir cuando nos percatamos que todos sus efectos y consecuencias no se disipan sino que permanecen allí, para alterar la salud, calidad de vida de los habitantes y sus comportamientos y/o desplazamientos.

Otro estudio realizado por la CONAMA señaló, que las actividades que hoy en día tienen un mayor impacto acústico en Santiago, se relacionan con el parque automovilístico (85.7%Leq), las industrias (65.4%Leq), los Hospitales (65.3%Leq), las escuelas (34.6%Leq) y las zonas de espectáculos (25%Leq)⁴. Y los efectos inmediatos que ello produce, se relacionan con distintos ámbitos que van desde el deterioro de la audición, la interferencia en la comunicación oral, la perturbación del sueño, la molestia -que ocasiona mayores niveles de estrés-, el rendimiento, el aprendizaje, hasta los cambios en la conducta con el entorno y con la convivencia social.

A partir de esto es que podemos señalar, que si bien se ha producido un crecimiento en las ciudades que ha favorecido el desarrollo e incremento de variados servicios, elementos e innovaciones, esto también ha traído consigo, resultados inesperados e importantes que realmente afectan la vida de los “urbanos”, y pese a que muchas fundaciones, profesionales, investigadores y políticos han intentado proponer algunas líneas de acción frente al problema del ruido ambiental o de la contaminación acústica en las ciudades para erradicarlo -ya sea con leyes y decretos⁵- informando a la población de la magnitud del problema y educando a los causantes de la contaminación acústica, generando una conciencia para trasladarse de la cultura del ruido a la cultura del silencio, aprovechando la disposición de recur-

sos para lograr ello, esto no ha sido fácil, ya que pareciera ser que éste elemento urbano no tiene intención de dejarnos, sino por el contrario, se asienta en la ciudad cada vez con mayor firmeza y presencia. Lo cual de manera indirecta, no nos permite reconocer que las buenas ciudades son aquellas que tienen un mejor medio ambiente, y eso incluye además de aprovechar la geografía y los parques, validar o considerar que el ruido debe ser tolerable (Galetovic 2006:61), ya que se inscribe como un contaminante invisible.

Para Le Breton, el ruido se traduce en una penosa interferencia entre el mundo y uno mismo, una especie de distorsión en la comunicación e incluso en el ser y estar, en donde se pierden un gran número de referentes. Es por esto, que adquiere poco a poco una connotación negativa, al privarnos de momentos de calma, de recogimiento y de la libertad de quien lo desea o requiere. Si bien estas sensaciones de ruido aparecen cuando el sonido que circula en y con nosotros carece de sentido alguno, de igual manera se ha impuesto en nuestras vidas para sobrepasarnos y dejarnos indefensos ante tal acontecer, al ir ganando presencia e importancia en la modernidad para finalmente constituirse en un elemento que “se ha extendido desmesuradamente” (Le Breton 1997:129).

Dadas estas afirmaciones respecto a lo que podríamos llamar “caos urbano” relativo a lo sonoro, es posible reconocer que se ha intentado paliar su crecimiento y expansión. Quienes habitan la ciudad, en un proceso casi inconsciente y mecánico, han buscado construir o transformar para ellos mismos, ciertos espacios y lugares que mantienen determinadas actividades, pero que les permiten despojarse del ruido que los acompaña diariamente.

Es por ello que intentaremos conocer qué es lo que busca el habitante de la ciudad en espacios calmos como lo son el Museo o la catedral.

⁴ <http://www.sinia.cl/1292/article-45649.html> Fecha de Consulta: 20 de Enero del 2010.

⁵ http://www.sinia.cl/1292/articles-27179_pdf_ruidos.pdf Fecha de Consulta: 20 de Enero del 2010.

El silencio en el ruido

Si bien de alguna manera pareciera que se ha integrado el ruido como parte o como cuota de la vida urbana, se evidencia la inquietud, la molestia hacia él, y la búsqueda además, de una des-aceleración en el modo de vivir, principalmente porque se requiere que la ciudad siga siendo nuestra herramienta, que desempeñe esa función y que no avance por la línea en donde nuestros cuerpos son utilizados y moldeados. Si bien sabemos que “el hombre es un animal racional concebimos también que sea un animal contemplativo” (Chermayeff-Alexander 1963: 13), por tanto requiere una y mil veces de espacios que se lo permitan, y que por el funcionamiento de su propia ciudad, les han sido negados.

De una manera simple pero contradictoria, el Museo y la Catedral se oponen a esta cuota de ruido que impregna a la ciudad. Pareciera ser, que en estos lugares se encuentra un elemento que afuera es impensable retenerlo. Se encuentra un elemento que efectivamente se opone al ruido circundante. Se encuentra el silencio.

El silencio se puede entender como un sentimiento, o como nos diría Le Breton, como una forma significativa, que refleja la actitud del hombre ante su entorno. Es por ello, que existen diversos imaginarios sociales que revelan las ambivalencias de éste, y se ve manifestado en que para algunos con el silencio experimentan una sensación de recogimiento, o de serena felicidad, y otros se asustan y buscan de alguna u otra forma la presencia de la palabra o del ruido.

Debido a esta paradoja, se entrevé que el silencio, su presencia, y lo que puede generar, requiere que las disciplinas sociales y culturales, lo contemplen como un aprendizaje, tal como lo requiere el lenguaje, ya que en él se sostienen modalidades de significado y de comportamiento de y en las personas.

Las percepciones que va adquiriendo el silencio, si bien tienen alguna lógica en contraste con el ruido, se inmiscuye también en una cuestión de sentido. No se trata sólo de la ausencia de alguna manifestación ruidosa, sino también que se constata la presencia de una resonancia entre uno mismo y el mundo que se genera, que nos lleve al recogimiento, a la calma y poco a poco “nos va invitando al reposo, a la meditación y a la introspección” (Le Breton 1997: 114).

Por tanto cuando nos referimos al “silencio”, pareciera ser, en este mundo urbano caótico y absorbente, que nos estamos refiriendo a un camino que lleva a los individuos a una reconciliación con el mundo, que parece cada vez alejarse de él y de sus sentires más inmediatos, que se han desplazado y que se han postergado, lo que impide la suspensión en el tiempo de ese algo que le ofrece la posibilidad “de encontrar su lugar y conseguir aquella paz” (Le Breton 1997: 113) anhelada, de la cual hemos hablado en este escrito.

El silencio es un contraste en la vida del hombre urbano, ya que se nos presenta como la ausencia de ruido, como aquel horizonte que ni siquiera la técnica ha sido capaz de absorber, ya que más que una realidad en sí misma, es una relación, una relación que se manifiesta en la esfera del ser humano respecto a su mundo, y que cada vez le resulta más ajena, por lo mismo, de alguna forma, el silencio se inscribe -para el hombre urbano - en una lógica o dinámica de complicidad con otro.

Cuando nos vemos enfrentados a la cantidad de ruido que produce la ciudad, comienza la búsqueda del silencio, una búsqueda que nos lleva a indagar sutilmente en los aledaños del universo sonoro que nos acompaña, para finalmente propender en un recogimiento personal olvidado o retrasado, o incluso a la disolución de uno mismo en el momento adecuado.

Es frente a este contexto, a esta prontitud del vivir, o en esta aceleración, que el silencio pule al hombre y lo renueva, pone orden en el contexto en el cual se desenvuelve él y toda su existencia, ya que el silencio es “una sustancia casi tangible cuya presencia invade el espacio y se impone de manera abrumadora” (Le Breton 1997: 111) en la cotidianidad urbanística de sus habitantes.

Hay quienes nos dicen que el ruido pareciera proporcionar hoy en día, la pauta tangible de la permanencia de los demás cerca de sí, ya que cada vez se hace más visible la sensación de que nos cuesta estar cerca del otro, toparnos con otro, rozarnos con otro, nos molesta, nos hace desplazar nuestros cuerpos hacia el lugar en donde ello se pueda evitar, principalmente por los ritmos y estilos de vida que han adquirido las sociedades modernas y en este caso las ciudades. Y en donde, la capacidad de estar juntos “togetherness”⁶ y detenernos en ello, ha ido en decrecimiento, ya que inconscientemente el hombre ha alterado irracional y radicalmente su situación ecológica de estar con otro, de convivir con el otro, de no molestarse con la presencia del otro, lo cual lo lleva a desligarse de su propia situación de existencia, que está inmiscuida con este vínculo.

Frente a este cuadro es que resulta pertinente cuando se nos dice que el silencio, en un contexto así, relaja nuestros sentidos, cambia nuestras referencias habituales, nuestras impresiones de la vida, del otro, del cuerpo, y de lo que nuestros sentidos van adquiriendo por la calma que nos deposita, lo cual restituye poco a poco la iniciativa del individuo.

Si bien señalábamos que el silencio puede inundar un espacio, adentrarse en él, y dejar el significado que éste tiene en sus-

⁶ “Capacidad de estar juntos” Chermayeff-Alexander “Comunidad y privacidad”. Fecha de Consulta: 22 de Diciembre del 2009.

penso a causa del poder ambiguo que tiene para explicar mil cosas a la vez, éste se ha convertido, por los movimientos que ha tenido la historia, en un aspecto fundamental en la sociabilidad, más aún en una vida cotidiana que se enmarca a paso firme en el ruido y en la rapidez. Es como si de alguna manera, el silencio en medio de este caos, se estuviera convirtiendo “en un especie en extinción” (Le Breton 1997: 134) en donde no alcanzamos a percibir que una relación con él es un esfuerzo que se afronta a las actitudes sociales y culturales de la vida misma en ciudad y en sociedad por parte de los individuos, ya que para quien habita la ciudad y se encuentra inmerso en un ambiente excesivamente ruidoso, los momentos de silencio no revisten el mismo significado que tiene para aquellos que viven en el espacio rural y que conviven con él.

Esto se debe a que el silencio “es un yacimiento moral que tiene al ruido como enemigo” (Le Breton 1997: 113) y de alguna forma, se convierte en aquella modalidad de sentido, en una interpretación de lo que el individuo oye y también una vía de repliegue que le permite poco a poco acercarse a su mundo.

Por esto mismo, por su significado, es que el habitante urbano requiere de instancias y de espacios que le permitan acceder a aquello que le ha sido negado, y que responde simplemente a espacios de calma o de quietud.

Cuando decíamos cuan necesario era y es prestar atención a lo que nos dicen nuestros cinco sentidos al pararnos en la ciudad misma, tenía exactamente que ver con esto, principalmente con esto, “con todo aquello que alcanzamos a oír y a escuchar” (Barenboim 2007:16), y a los efectos trascendentales que en ello puede haber.

Si bien hablar del silencio involucra referirnos a diversas instancias en las cuales éste se hace presente, como lo puede ser el silencio de una conversación, el silencio

del cuerpo, o las disciplinas que éste pueda tener, el espacio que ocupa o la espiritualidad que presenta, también es posible aterrizarlo a estas instituciones, que se han visto cargadas de su presencia.

Sabemos que muchas sociedades parecen más acogedoras que otras respecto a ciertas producciones sonoras, principalmente por las magnitudes que las acompañan, y que en otro lugar, la misma resonancia sería entendida como ruido. Frente a éstas, es que en el centro y periferia se han ido creando, instalando e integrado estos lugares que como decíamos, de alguna manera intentan otorgarle al hombre urbano sus propios espacios de encuentro consigo mismo, lugares que le permitan interna y externamente detenerse por un instante del frenesí al cual lo invita la ciudad, y que por ser habitante de ésta le resulta cada vez más difícil apartarse.

El museo y la catedral, son lugares que han sido creados por alguna necesidad concreta a satisfacer, pero que sin intención de serlo, se inscriben como espacios enclaves para el silencio, para el reposo, para una necesaria retirada del mundanal ruido que nos acompaña a diario. Especie de reservas o contendores de calma, que condicionan nuestros cuerpos de manera tal, que éstos parecen esconderse rápidamente debido a la avidez del urbanismo. Pareciera que se constituyen como espacios que permiten detenerse, recogerse y disfrutar de una calma disipada, en donde todo allí pareciera tener una dimensión propia, una atmósfera que todo lo envuelve y lo hace propicio para olvidar, para aquietarse tan sólo unos segundos de la rutina emergente.

A partir de ello nos detenemos en descubrir ¿Qué es lo que sucede en el habitante de la ciudad, cuando visita estos espacios de silencio?

Los cuerpos en el silencio: el museo y la catedral

La concurrencia que caracterizan al museo y a la catedral por parte de los habitantes de una ciudad es considerable. Si bien, hay días que marcan la diferencia más que otros, como un domingo, en donde la asistencia es notoria, en su conjunto son espacios que seducen al hombre urbano. ¿Por qué lo seducen? Quizás, porque ha sido posible concebirlos como espacios cargados de silencio y que se les presenta como novedad. Y, quien se sumerge en ellos, comienza poco a poco a experimentar ciertas alteraciones a nivel corporal que es posible apreciarlas, observarlas e incluso describirlas.

Una vez en ellos, nos damos cuenta de forma inmediata cómo la medida del tiempo transcurre esta vez, sin prisa alguna, debido a que aquél que lo visita, es quien comienza a determinar cuál es el paso a seguir, o sea su propio paso a seguir. Comienza a inundar la calma en cada uno de ellos, la lentitud del paso y la detención en el espacio. Por ello, es que permanecer un extendido periodo de tiempo no levanta sospecha a ninguno de los presentes, hay quienes se mantienen ahí por horas, contemplando objetos de arte, figuras religiosas imponentes, o simplemente estando. Lo cual nos permite reconocer, que quizás lo que se vivencia ahí, en estos lugares, va un poco más allá del goce estético del arte o de la ritualización de una religión, sino que tiene que ver con la experiencia sagrada que ambos espacios incitan, y que desemboca en una epifanía (Bataille 1997) íntima, lograda y encontrada en aquellos momentos y espacios de silencio.

Es por ello que detenerse fuera de estos lugares para observar a quienes van ingresando, nos re-afirma que el paso del tiempo se altera completamente. La aceleración y la rapidez que nos vienen acompañando se ven desplazada o contrastadas con el biorritmo del lugar al desaparecer en el momento en que cruzamos la puerta de entrada. Quienes

han decidido entrar a un museo o a una catedral, son acompañados notoriamente por un paso o por un andar cargado de decisión, rapidez y algún inexplicable apuro, el cual se manifiesta en cada uno de los movimientos que su cuerpo permite entrever. Sin embargo, basta solamente que el visitante se enfrente a la entrada, a la puerta de aquel lugar, para que inmediatamente se despoje de todos y cada uno de esos elementos. Así, su cuerpo es tomado y moldeado por la frescura, por la tranquilidad y por el silencio del lugar, en donde nuevos gestos, movimientos, pausas y detenciones comienzan a observarse.

A partir de estas importantes mudanzas que experimentan nuestros cuerpos cuando son expuestos al ruido de una ciudad en su cotidianidad o a espacios silenciosos en ella, es que nos damos cuenta que existe un algo más allá de lo meramente visible.

Ningún visitante se ve contra el tiempo, ningún visitante corre, o camina de forma acelerada, o interrumpe al otro, o presiona al otro, todos y cada uno de ellos respetan con sus propios cuerpos los tiempos del otro, e incluso permanecer junto a otro desconocido no reviste mayor complicación, detalle importante al preguntarnos si esto es posible de evidenciar estando fuera.

Las mismas características físicas del lugar, son las que permiten que este estado de calma y de contemplación entre en juego. Sus colores tenues, sus luces bajas y amarillentas, la amplitud del espacio, el olor inscrito, lo/a van convirtiendo en un lugar de descanso, de detención, y que hombres y mujeres de todas las edades lo vivencian.

Es sumamente interesante observar cómo las características de estos espacios de silencio se reflejan en su visitante, que incluso lo conducen a que éste no altere o procure no alterar sus características propias, que en este caso es, el estado silente del lugar. De alguna manera, es como que todos quienes se encuentran allí, estable-

cieran ciertos patrones de comportamiento, que sin reclamo alguno, se han de cumplir. Incluso a veces, es tan innegable la presencia de la calma y del silencio, que los hombres de un cuerpo comienzan a declinarse, al igual que los ojos, y se especula que el cansancio se ha presentado, pero no, es sólo el resultado que tiene el hecho de vivenciar corporalmente la lentitud del andar.

Estos lugares, y bien lo sabemos, nos invitan a actividades específicas. Por un lado, a la apreciación y valoración del arte, y por otro a la consagración de una religión. Sin embargo, una vez en ellos podemos patentizar como se van constituyendo además, como espacios de espera. Si bien, hay muchos que se inscriben en estos espacios para satisfacer la necesidad primera que cubre el lugar, hay muchos otros que simplemente entran en ellos sin un claro objetivo, ya que una vez dentro de él, buscan únicamente algún rincón, algún sitio, algún cómodo lugar en ese espacio, que les permita sentarse, descansar, conversar o incluso observar a quienes se pasean, sin importar cuánto marque el reloj el paso del tiempo. A partir de esto es que tiene sentido cuando señalábamos, que muchos de estos espacios comienzan a satisfacer otras necesidades subyacentes, al constituirse como zonas de reposo y sosiego.

Frente a esto, nos detenemos en lo que una joven visitante del lugar señaló:

“Hace un momento atrás tuve que ir a dejar a un amigo al Terminal. Lo dejé ahí y no sabía qué hacer. Así que me vine para acá. De alguna manera siento que el museo es como una bodega, como un escape, para uno”. (ENE1)

El contexto y las condiciones que presentan estos lugares, de forma inevitable hacen una pausa en nosotros, y nos invitan seriamente a una liturgia silente que declina inconscientemente en una meditación jamás pensada, en donde el recogimiento y

la introspección son, junto a nosotros, los verdaderos protagonistas. Por tanto, efectivamente permanecer en un museo o en una catedral, revitaliza por ese instante una parte de nosotros, al permitir la detención de nuestros propios cuerpos y sentires.

Hacer la distinción de las alteraciones que sufre nuestro cuerpo en el ruido (afuera) o en el silencio (adentro), nos conduce a una reflexión acerca de las contradicciones conductuales que experimenta el visitante de un museo o de una catedral cuando se enfrenta a ellos.

Así por ejemplo, cuando nos desplazamos por las calles de la ciudad, acompañados ya sea por un amigo, un familiar o nuestra pareja, intentamos ser sumamente estrictos -a un nivel mecánico- respecto a lo fundamental que es mantener una proximidad visible con el otro. Caminamos con éste a nuestro lado, rozándonos constantemente, e incluso en variados oportunidades ya sea por las importantes aglomeraciones de personas a nuestro alrededor o por el excesivo ruido presente, debemos acercarnos aún más para lograr entenderlos.

¿Qué sucede con esta proximidad de los cuerpos, en estos espacios de silencio? Hasta el momento en que ingresamos ya sea al Museo o a la Catedral, esta dinámica proxémica entre sus visitantes, se mantiene. No obstante, a los pocos minutos que han transcurrido desde su ingreso, esto comienza a modificarse. Los grupos, los dúos comienzan a desintegrarse, no abruptamente, ya que nos aseguramos que la mirada con el otro aún tenga un punto de encuentro, simplemente porque éste es “el elemento permanente de existencia y de relación con el otro” (Le Breton 1998:195), pero sí damos cabida a un paseo ya no tan proxémico o colectivo, sino más bien silencioso, pausado e íntimo.

No obstante, y pese a que eso se constata fuertemente, quienes visitan el museo o una catedral, generalmente se encuentran

solos en ellos. Y esto coincide, con que muchas de estas personas no tenían contemplado visitar aquel lugar, sino que se encontraban de paso, pero algo en ellos los invito a detenerse, a sumergirse y explorarlo, ya siendo para disfrutar lo que ofrece en aquel momento el lugar (exposición, misa) o simplemente a sentarse y respirar por unos instantes.

Esto sucede porque el lugar nos invita a una detención en nosotros mismos, a una contemplación hacia un objeto no definido, a un momento reflexivo cargado de quietud, sugerencias que lo posicionan o convierten -como nos señaló un visitante-

“en un espacio sagrado que nos hace sentir muy cómodos” (ENE2)

Vemos allí, cómo la disciplina del silencio hace que las palabras en aquel contexto particular, carezcan de sentido, y que la posición y disposición de los sujetos y/o actores esté regido por ciertas normas de interacción, la cual “se abre y cierra mediante una serie ritual de gestos” (Le Breton 1998:73) que la sostienen.

La dedicación de tiempo a estos lugares como hemos señalado, por parte de aquellos que los visitan merece de ser revelado. Hay quienes simplemente duermen, quienes observan, quienes esperan ser cargados de alguna inyección de energía que les permita adentrarse nuevamente en las agitaciones que los incita la vida de la ciudad o al contraste sonoro que hay fuera. Ya que de un momento a otro, hay quienes se ponen de pie, y se han dado cuenta que ya están listos para continuar con la rutina que los trajo allí.

Como hemos podido ver, pese a que los planos urbanísticos nos han encerrado en un armazón de edificaciones y construcciones, podemos constatar cómo inconscientemente, ha contemplado en sus diseños la presencia o reserva de “zonas de silencio” (Le Breton 1997: 134).

Si bien sabemos que se han ido diseñando técnicas para defenderse del silencio, sabemos también, que ayer y hoy, ha habido espacios que nos permiten a diario entrar en él, detenernos en él, y así entrar en nosotros, sentirnos como unicidad por un momento y dejar que todo movimiento externo que nos condiciona a diario en una ciudad, quede postergado por un instante para darle cierta soltura y espacio a nuestras propias expresiones corporales y sentires inmediatos, que nos han acompañado en nuestra existencia, y que sin lugar a dudas se ven alterados o modificados en estos espacios contradictorios.

Es por todo esto, por estos cambios que percibimos a niveles corporales, gestuales, reflexivos, temporales y espaciales, que es sumamente necesario detenernos en lo que cada uno de nuestros cinco sentidos tiene que decir, porque de alguna manera están respondiendo tanto a lo que representa nuestra calidad de vida como a las nuevas formas o modos de vida que se han instalando en los habitantes de una ciudad.

Con esto nos preguntamos finalmente ¿Cuál es el significado que adquieren estos espacios para el habitante de la ciudad?

La ciudad nos ha entregado -y lo sigue haciendo- diversos elementos, espacios y lugares que han contribuido de mejor o peor manera a la conformación de nuestras vidas en colectivo.

Estos espacios, en los cuales nos hemos detenido, nos han permitido adentrarnos en la apreciación de una nueva mirada, mirada que constata cómo han sido capaces de desempeñar más de una función para aquellos que los visitan o frecuentan en un momento o contexto determinado.

La vida moderna, con todos sus elementos se ha comportado de una forma avasalladora frente al individuo, ya que de alguna manera lo ha postergado, y la lucha que éste pueda enfrentar para su subsistencia corporal, ha sido un elemento más de su

propia lógica de funcionamiento, que no ha dado cabida alguna a la detención de esto como desmedro de un vivir.

Por ello es que la acción de los sentidos de sus habitantes ha sufrido transformaciones, y se ha convertido en mero portador de la coerción con la que estas lógicas dominan los desarrollos. Desde esa mirada es que tiene sentido lo que nos señala Gúell (2008) al decir que la situación típica del hombre moderno es estar sumido en un mundo que no carece de significado para él, pero que en el fondo no son plenamente significativos.

Junto a esto Simmel (1989) se inscribe en lo crucial que es reconocer y responder al cómo es que la personalidad de los habitantes de la ciudad se ha ido acomodando y ajustando poco a poco a las exigencias que ésta trae, lo cual nos dice que las reacciones que se tienen frente a los distintos fenómenos o procesos urbanísticos son manejados desde perspectivas que se alejan más y más de las profundidades de la personalidad, ya que visiblemente éstas se han ido, de igual manera, transformando y “han puesto por sobre la vida subjetiva el poder dominante de la vida urbana” (Simmel 1989:48).

Cuando mencionábamos el contraste que hay en la ciudad con la vida rural, o con las ciudades antiguas, respondía además de las edificaciones y espacios que presentan, a la valoración del conjunto de relaciones emocionales profundas que se han visto excluidas, y que si bien estamos al tanto que el hombre metropolitano desarrolla una capacidad para protegerse de estas corrientes que amenazan con desubicarlo, está claro que poco a poco esta capacidad pierde más y más fuerza.

Es por lo anterior, que de un momento a otro, las relaciones íntimas con el otro, la cercanía con las personas, sus propias vinculaciones con su entorno y quienes lo conforman, están fundadas en una individualidad, una individualidad que ha sido forjada y formada por este mismo andar urbano del

cual hemos sido parte como objetos pero también como sujetos. Va surgiendo así, una independencia esencial de las propias personalidades, pero que comienza a tener una connotación distinta, porque se adjudica como un precio que se debió pagar por el sólo hecho de vivir en la ciudad, pero que nunca tuvimos la opción de elegir.

Por tanto, cuando logramos ver que la vida en ciudad, aquella vida que invita a la rapidez y al flujo constante y continuo de sus habitantes, trae consigo una serie de elementos transformadores tanto en las subjetividades de los habitantes como en sus externalidades, es que percibimos cuáles son los nuevos y sutiles comportamientos y desplazamientos que comienzan a tomar lugar. El hecho de detenernos en estos lugares o espacios silentes, nos ha permitido reconocer cómo es que los denominados urbanos buscamos, sí, buscamos, y muchas veces sin conciencia de ello, el encuentro necesario pero negado consigo mismo, un espacio silente que les permita detenerse del caos que hay fuera, la instancia que dé cabida al reposo de sus sentires, o en otras palabras un refugio para todo lo que hay fuera de ellos, sea lo que sea, como para todo lo que hay dentro de ellos mismos.

De alguna manera se ha constatado que existe una necesidad sentida -y lo más probable, a niveles poco claros, poco evidentes, o poco conscientes- de apaciguarse, de frenarse, de detenerse. Y en esto es que el entorno urbano juega un rol protagónico, ya que en sus propios procesos de conformación es que ha ido generando y estableciendo demarcaciones difusas y contradictorias en la vida de sus habitantes y en los movimientos que estos tienen, lo cual ha contribuido a que cada vez resulte más complejo generar puntos ópticos que permitan o “ayuden a que el habitante de la ciudad pueda orientarse” (Chermayeff-Alexander: 1963: 55). Por ende, cada vez es más complejo, que un pueblo de vecinos, o un con-

glomerado de personas y/o habitantes se encuentren íntimamente vinculados.

Pareciera ser que frente a la gama de posibilidades que ofrece la ciudad, sus habitantes desean abarcar todos sus espacios, espacios que todos visitan, a los cuales todos acuden, no obstante no alcanzan a percibir por sus propios ritmos de vida, que en pocos de todos esos espacios no encontrarán algo tangible o perdurable para sí mismos, porque el hecho de que una sociedad y ciudad que “cambia de manera acelerada, hace que las relaciones entre el carácter personal y social del individuo engendre muchas tensiones”. (Ruitenbeek 1964:16). Tensiones que son producidas por el rápido ritmo y por la complicada mecanización de las cosas con las cuales debe vivirse la vida en comunidades densamente pobladas, que no hacen más que recaer en frustraciones personales para los habitantes de estas comunidades, que se encuentran a diario tantos miles, sin vínculo sentimental o emocional alguno, que los neutralice.

Max Weber nos señaló en un momento, que uno de los grandes problemas que se presentan en las ciudades cuando aumenta en número de los habitantes y de su densidad, es que poco a poco se notara la ausencia de aquella mutua relación personal de los habitantes, la cual es inherente con su entorno.

Por tanto estos dispositivos del urbanismo, junto a una multiplicidad de otros, han contribuido a dos cosas. Por un lado, que la vida cotidiana está marcada por la aceleración, en donde el reloj y el semáforo nos indican los tiempos y los órdenes a seguir. Pero también ha dejado de manifiesto, que las conductas y comportamientos de las personas han sufrido importantes cambios, y dentro de esos cambios aparece la necesidad de volver al origen, es decir, de volver a encontrar la calma que muchas veces sí fue posible sostener en las ciudades, ya que el individuo de la metrópolis se ha convertido en una especie de engranaje dada las

enormes organizaciones de poderes que a ésta han azotado. Lo cual no hace más que transformar sus formas subjetivas en meras formas objetivas de vida, trascendiendo la vida personal o fomentando una distancia con ésta (Simmel 1989)

La urdimbre urbana está afectada en gran medida por los cambios que ha producido la organización de la producción, lo cual ha desembocado en que el espacio urbano “pierda sus propias fronteras y en cierta medida su forma” (Augé 1998: 120). Este “mundo abandonado en el cual nos movemos como fantasmas” (Bataille 2007:13), conlleva a que sea difícil reconocer los espacios en los cuales la unidad del espíritu humano sobresalga, ya que de alguna u otra manera “el espacio urbano ha perdido continuidad” (Augé 1998: 123).

Por ello es que estos espacios silentes como el museo y la catedral, se han constatado como zonas de refugio que encuentran los habitantes de una ciudad, inconscientemente quizás, pero que les permiten detenerse o alejarse por tan sólo unos instantes, del movimiento, del ruido, de la distancia con el otro y de la aceleración que caracteriza una ciudad, para encontrar en aquel lugar y momento la relación con sus propias subjetividades.

A modo de conclusión, pero sin terminar del todo, podemos afirmar que esto se debe a la desvinculación que han sufrido los cuerpos y las personas en este tránsito urbano cotidiano. En donde, “por más que

intentemos comunicarnos, entre nosotros ninguna comunicación podrá suprimir aquel escenario” (Bataille 2007:13).

La aseveración de Bataille al decir que somos seres discontinuos, se entrelaza con la pérdida del vínculo que vivencian los habitantes de una ciudad, ya que la continuidad tiene que ver con un estado elemental en donde los seres se unen, y esto, debido a los golpes transformacionales urbanos, ha perdido importancia y relevancia.

Las nuevas conductas, las nuevas valoraciones, los nuevos espacios de detención, responden al hecho de que “hoy en día los individuos se mueven aisladamente en una aventura ininteligible” (Bataille 2007:19). En donde la violencia que ejerce la ciudad en nuestros sentidos nos ha quitado la respiración, la calma y por sobretodo ha generado la discontinuidad colectiva.

Y pese a que un buen número de proposiciones sociológicas se han detenido en la relación que existe entre número de población, densidad de población, heterogeneidad de habitantes y en los grupos de vida que a partir de estos pueden formarse, hay algo que se esclarece. Los hombres urbanos inmersos en el ruido conviven corporalmente con el otro desde o con un malestar, pero a diferencia de éste, el hombre urbano en un espacio de silencio convive corporalmente con el otro desde el vínculo, ya que “en el silencio que cae, experimentan los espíritus ansiosos, la continuidad del ser” (Bataille 2007:125).

Bibliografía

- Augé, M. (1998) *La ciudad entre lo imaginario y la ficción. El viaje imposible. El turismo y sus imágenes*, Gedisa, Barcelona.
- Barenboim, D. (2007) *El sonido es vida. El poder de la música*, Editorial Norma, Bogotá.
- Bataille, G. (2007). *El erotismo*. Fabula Tusquets Ediciones, Barcelona.
- _____. (1997) *Las lágrimas de Eros. Ensayo* Tusquets Editores, Barcelona.
- Benevolo, L. (1963) *Historia de la arquitectura moderna*, Taurus Ediciones. Tomo I - II Madrid.
- Chermayeff, S. Alexander C. (1963) *Comunidad y Privacidad*, Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- Choay, F. (1970) *El urbanismo: utopías y realidades*. Editorial Lumen. Barcelona.

Referencias de Internet:

- Eckholt, M. Silva J. (1999) *Ciudad y Humanismo: El desafío de convivir en la aldea global*. Comité Editorial Universidad Católica del Maule.
- Galetovic, A. (2006) *Santiago: Dónde estamos y hacia donde vamos*. Andros Productora. Santiago.
- Guell, P. (2008) *¿Qué se dice cuando se dice cultura? Notas sobre el nombre de un problema*. Revista de Sociología. Universidad de Chile.
- Le Breton, D. (1997). *El silencio*. Editions Métailié. París.
- _____. (1998) *Las pasiones ordinarias: antropología de las emociones*, Editorial Nueva Visión. Buenos Aires.
- _____. (1992) *La sociología del cuerpo*. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires.
- Simmel, G. (1989) *Antología de sociología urbana. La Metrópolis y la vida mental*. UNAM, México.
- _____. (2002) *Sobre el concepto y tragedia de la cultura. Sobre la aventura*, Península, Madrid.
- Ruitenbeek. H. (1964) *El individuo y la muchedumbre: Identidad y sociedad de masas*, Editorial Paidós. Nueva York.
- Wirth, L. (1989) *Antología de sociología urbana. El urbanismo como modo de vida*. UNAM, México.

- Proyecto “Metodología para la evaluación del ruido por tráfico vehicular en zonas urbanas: Aplicación a la comuna de Santiago. Trabajo de Titulación. Universidad de Chile. Disponible http://www.digeo.cl/doc/Krauss_Ruz_Fernando.pdf (Pág. 60).
- Sistema Nacional de Información Ambiental (SINIA). Guía de Evaluación del impacto ambiental del ruido. 2007. Disponible: <http://www.sinia.cl/1292/article-45649.html>
- Sistema Nacional de Información Ambiental (SINIA). 1998. Norma de Emisión de ruidos. Disponible: http://www.sinia.cl/1292/articles-27179_pdf_ruidos.pdf
- Investigación “Exceso de ruido en las ciudades”. Se superan los límites entregado por la OMS. Disponible: http://www.ocu.org/20000101/item-not-found-in-range-ATTACH_s119441.pdf
- Comisión Nacional del Medio Ambiente. Ruido Ambiental. 2009. Disponible: <http://www.conama.cl/portal/1301/propertyvalue-15491.html>
- Estudio comparativo de la tríada: Calidad de Vida-Genero- Medio ambiente. 2000 Disponible: <http://www.calidaddevida.uchile.cl>

Observación de Campo:

- Museo Nacional de Bellas Artes.
- Catedral Metropolitana de Santiago de Chile.